

se trata de ciencias, es necesario hablar de jesuitas. Los heterodoxos, que apenas jamás los nombran, sin blasfemar de su nombre y doctrina, no hablan de ciencias sin hacer frecuentísima mención de jesuitas. Veanse las obras citadas de Budeo, Hottingero, Moshemio, Pfaff, &c. autores modernos; y se hallará comunmente que en cada una de ellas el jesuita se suele nombrar más veces que páginas hay en ellas. II. Para precaver la mas leve sombra de parcialidad me he valido casi siempre de la censura de críticos modernos, y principalmente de los heterodoxos para citar jesuitas, de quienes siempre han sido enemigos mortales. Combinacion ó desgracia notables, que para acreditar entre los católicos el mérito literario de los jesuitas, he debido apelar al juicio de sus enemigos acerrimos los heterodoxos. III. No obstante estas precauciones, que por desconfianza de mi mismo he tomado, podrá ser que mi instruccion por haber sido en mi juventud con autores jesuitas, contra mis intenciones, me haya presentado á la memoria mayor número de estos autores, que de los que no son jesuitas: conozco que mi memoria es capaz de haberme hecho esta traicion, y que yo haya cometido algun delito: pero este será no de voluntad, sino de memoria. Mas no obstante este peligro, ú ocasion de faltár á la imparcialidad, debo decir, que ciertamente despues de haber concluido todos mis estudios en la edad de veinte y tres años, he leído siempre con suma indiferencia los autores jesuitas, no haciendo entre ellos mas distincion, que el de su mérito en las ciencias en que deseaba instruirme.

este capítulo, en que expongo la necesidad de la instrucción científica y civil en la vida del hombre, y en que el hombre aun mozo, ó ya joven, habiendo concluido los estudios convenga á la *Educacion moral y civil del hombre en la pubertad y juventud.*

La educacion científica comun y característica de las personas civiles, á cuya instruccion esta historia se dirige principalmente, ha merecido que se la consagren discursos críticos sobre todas las ciencias; porque todas estas deben conservarse y perfeccionarse entre los hombres segun su necesidad, destino ó genio. El lector, observando en los discursos científicos alguna prolixidad que parece desdeñar del método observado en tratar los demás de esta historia, se persuadirá por ventura que se ha tratado con mayor difusion la materia científica por ser quizá la mas importante á la religion y sociedad humana. Si esta fuese su persuasion, parece que no es acertada. Las ciencias no hacen radicalmente feliz la sociedad humana, solamente mejoran ó perfeccionan la felicidad verdadera que unicamente se logra con la buena educacion moral y civil; y la prolixidad que se pueda notar en los discursos sobre las ciencias, proviene de la naturaleza de su materia, y no de que ellas formen el fundamento sólido y estable de la verdadera felicidad, que consiste únicamente en la educacion segun la religion santa, que nos enseña la mas estrecha civilidad en el tratarnos reciprocamente, y la mas perfecta moral en todas nuestras operaciones libres, mentales, y corporales. Al mejor conseguimiento de esta felicidad dirijo los discursos de

este capítulo, en que expondré la necesidad absoluta de continuar la educación moral y civil en la peligrosa edad en que el hombre aun mozo, ó ya joven, habiendo concluido los estudios convenientes á su estado, ó vocación, está para embarcarse en el mar del gran mundo, y navegar por sitios peligrosísimos. Indicaré al mismo fin algunos medios para la educación y ocupación propia del hombre en la edad juvenil; ya que á ella no puede convenir todo lo que ántes se ha expuesto discurrendo de la educación privada ó pública del hombre en la niñez.

ARTÍCULO I.

Necesidad de continuar cuidadosamente en los mozos y jóvenes la educación moral y civil.

La comun persuasión, y práctica de las naciones civiles, autorizan la utilidad de criar los niños y niñas en Colegios bien establecidos para su educación: y en defecto de tales Colegios, la necesidad de sacrificarse los padres para dar ó procurar á sus hijos la mejor educación doméstica. Conviénen todos en esta máxima que se deriva inmediatamente de los principios de la sociedad y religion, segun los quales debemos cuidar, dirigir, y hacer útiles las tiernas plantas que orgullosamente van creciendo, para figurar en el campo del género humano segun su naturaleza, cultivo, y los destinos de la suprema providencia. No hay miembro de la sociedad humana, que por derecho natural no exija de ella la educación moral y civil, ó la dirección que le son necesarias en todas edades y circunstancias para ser útil á la misma sociedad. El pobre da á sus hijos educación con la limitación que le permiten sus circunstancias, las quales no impiden, que en lo moral la tengan, como deben tenerla los ricos; porque los derechos de la naturaleza y la moral de la religion no hacen distinción de personas. El rico se distingue solamente del pobre en deber precaver con el mayor rigor de la educación moral los muchos peligros á que las riquezas expondrán á sus hijos, en continuar la educación para mas arraigarla, y en añadir

dir la civil. El pobre con pocas palabras y muchos exemplos enseña á sus miserables hijos la necesidad de ser honrados, pacientes y humildes, y de exercitar las virtudes mas difíciles, á cuya práctica su condicion, y la necesidad de buscar el mantenimiento les obligan. En los ricos por lo contrario, la educacion moral suele ser una ciencia especulativa, á cuya práctica se oponen la opulencia, los honores mundanos, la ociosidad, y otros impedimentos graves que acompañan comúnmente á las riquezas. Las máximas morales que el hombre aprende en la niñez para practicarlas particularmente en la edad mayor, se van enervando á proporcion que creciendo él en edad logra mayor libertad, y se multiplican las ocasiones de abusar de ella. La naturaleza humana entre el regalo, opulencia, delicadeza y ocasiones de malearse, se viste insensiblemente de vicios, como la feraz é inculta tierra se cubre de espinas. El vigor de la edad juvenil es un fuego que quema y deshace las cadenas de toda sujecion, arrastra á la libertad é independencia, y conduce los hombres al precipicio. Estos nunca necesitan mas del freno de la educacion, que quando al entrar en el gran mundo se hallan en el mayor peligro de perder la buena que tuvieron en la niñez. Ninguno negará, que á este gran peligro está expuesta la juventud: por tanto, para que lo evite, ó en él no perezca, la sabia direccion de las leyes públicas debe prescribir á los jóvenes plan de educacion conveniente á su bien personal, y al de la sociedad humana.

Si no queremos engañarnos voluntariamente, teniendo los vicios por virtudes, debemos confesar, ó á lo menos temer, que á los jóvenes civiles no se da educacion conveniente; antes bien ocasiones fre-

u-

qüen-

qüentes para perder el fruto de la buena que hayan tenido en la niñez; y que en esta suele ser muy superficial la educacion moral que se da. Haré por verificar esta proposicion, analizando la educacion práctica de las personas civiles. Estas, estimuladas de la razon natural, de las máximas religiosas, y de la costumbre de sus iguales, desean y suelen procurar que á los niños se de educacion conveniente á su estado y circunstancias: mas la educacion y los cuidados de darla suelen acabar con la niñez, y frecuentemente se invierte el buen orden de los objetos de la misma educacion. Esta inversion la hallo en la persuasion, no ménos común, que nociva á la felicidad doméstica y pública, en la persuasion errónea, digo, en que estan muchos padres satisfechos de la educacion de sus hijos, únicamente porque hacen algunos progresos en las ciencias ó habilidades señoriles, y no piensan en la educacion mas importante, que es la moral y civil. No hemos nacido para ser filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, &c. no para saber y exercitar las habilidades caballerescas; sino para ser honrados ciudadanos, y por la misericordia divina buenos christianos. Estos dos fines, que á uno solo reduce la perfeccion del christianismo, forman el objeto principal de la educacion en todas edades. El cultivo del entendimiento, y las habilidades manuales ó corporales, son prendas civiles compatibles con los mayores vicios; y serán virtudes, si se fundan en la buena educacion moral.

Parte de mi juventud y virilidad he empleado en la enseñanza científica, y en la direccion subordinada de un numeroso é ilustre seminario de nobles. En estos empleos muchas veces los padres de los niños, que estaban á mi cuidado, me han pregun-

ta-

tado ansiosamente sobre su talento, y adelantamiento en las ciencias; mas jamas sobre los progresos que hacian en los deberes de christianos y buenos ciudadanos. No, no se pregunta jamas á los maestros y directores, si el niño es caritativo, humano, humilde, religioso, &c. no se les dan luces para corregir los vicios ó inclinaciones malas, que el descuido de la educacion doméstica promueve ó fomenta. Se observa siempre profundo silencio sobre estos y otros puntos de educacion moral, como nada importantes: y si el director ó maestro con la mayor cortesia y civilidad ilumina á los padres sobre algun defecto moral de sus hijos, se mira como incivil infamador del buen crédito paterno. Parece que los ricos quieren persuadirnos, que se hereda la virtud, como la nobleza: mas se engañan, porque la virtud solamente consiste en las operaciones de quien la tiene; y la nobleza únicamente consiste en un pergamino viejo, que en buena razon vale menos, que un pergamino nuevo: y uno y otro son géneros que se compran en el mundo, y no virtudes apreciables en la sociedad humana, en que reyna el espíritu de las verdaderas leyes.

Los ramos de educacion moral de los grandes señores en la niñez, y principalmente en la pubertad, se suelen unir ó dirigir á un punto de política ó moral superficial, con las que se enseñan y exercitan aquellas virtudes solas, que son compatibles con todos los vicios. Se maravillan algunos, que muchos jóvenes de alto carácter, despues de haber estado en gran sujecion y educacion cuidadosa, aparezcan repentinamente en el gran mundo como hombres prácticos en las máximas y vicios mundanos. Esta maravilla, como tantas otras maravillas, debe su origen á la ignorancia ó falta de reflexion recta, que de los

efec-

efectos infera sus causas. Los jóvenes, que habiendo tenido la educacion, que se llama en los palacios cuidadosa y sujeta, puestos en libertad obran, como si no la hubieran tenido, dan bien á entender con sus obras, que su educacion fué superficial y política: fué de las virtudes aparentes del mundo, y no de las verdaderas del christianismo: fué en fin educacion, no para formar el espíritu, y plantar en él la virtud, sino para cubrir el vicio. No todos tienen esta educacion: algunos en su niñez la logran buena; mas en la edad tierna es tierna tambien la educacion, que consiste no solamente en oír las máximas buenas sino principalmente en practicarlas con hábito para domar y vencer las malas inclinaciones. La educacion en una palabra se acaba presto, y por esto queda incompleta. Estas son las causas de los desórdenes, que se ven en la juventud civil que falsamente se supone bien y completamente educada. Es justo, que á continuacion del asunto propuesto reflexionemos bien sobre la poca duracion de la educacion.

En las casas, escuelas y colegios se dá á los niños educacion moral, civil y científica: supongamos que ésta haya sido buena, y haya logrado el efecto que se deseaba. Llegan la pubertad y juventud; y los mozos y jóvenes que no se destinan para seguir la carrera literaria, se hallan fuera de la esfera de toda educacion en la edad mas peligrosa de su vida, y en el tiempo mismo en que se les debia dar la educacion que enseña á ser hombre honesto, útil ciudadano, y buen christiano. Los fines de la pubertad, y los principios de la juventud, forman épocas críticas en la historia de la vida del hombre, y comunmente fijan en lo físico y moral los límites de la naturaleza humana.

El niño enfermizo que en su juventud no logra la sanidad, siempre estará enfermo; y el joven que es vicioso, nunca será virtuoso: dexará de ser malo quando le faltan las fuerzas para hacer mal; ó quando éste repugne por casualidad á la constitucion física, ó estado de su cuerpo. En la infancia y niñez la bondad es pasagera, y solamente se hace estable en la mocedad y juventud, para durar por toda la vida. El mozo, se dice en el capítulo 22 de los Proverbios sagrados, según el tenor de su vida consumará sus dias en la vejez. Lo que el hombre será en ésta, no se infiere siempre de su conducta en la niñez; mas suele inferirse de la que tiene en su mocedad ó juventud. Estas son las edades verdaderamente críticas, temiblemente peligrosas, en que contra las máximas morales de la educacion tierna en la niñez, empieza á declarar y hacer eruda guerra la vigorosa juvenil inclinacion al vicio, la qual es tan genial á la naturaleza humana corrompida, como la ferocidad á las bestias. Entre éstas, las mas feroces pierden el furor de su fiereza con los freqüentes actos de domesticacion, que es su educacion: tienen algunos movimientos ó intervalos de ferocidad; mas si se continúan los actos de su educacion, vuelven luego á dar pruebas de domesticacion. Este exemplo de las bestias enseña á insistir constantemente en los actos de educacion juvenil, y á no desesperar de sus buenos efectos, que se aseguran con su continuacion. Si la ferocidad de las bestias se vence con actos continuos de domesticacion; con actos de educacion moral y civil se vencerá tambien la inclinacion maligna de la juventud racional. El hombre en lo moral obra según la naturaleza ó la educacion: y según ésta no puede obrar

facilmente, si no tiene habito en exercitar sus máximas, el qual le sea como una nueva naturaleza. Según estos principios, que la razon y experiencia demuestran ser ciertos, ¿qué esperanza podemos concebir de la buena conducta de los jóvenes, que habiendo salido de los colegios, ó concluido tempranamente sus estudios, sacudido el freno de la educacion, viven á su libertad en ocio y peligro de viciarse? El momento feliz ó desgraciado, en que el hombre empieza á conocer el valor de las leyes de la sociedad en que vive, pertenece á la edad juvenil; momento el mas interesante al cuidado del gobierno público y doméstico; pues que en él, ó con la buena educacion continuada se respetan las leyes sagradas de la religion y sociedad, ó con el ardor juvenil, y libertad viciada, se desprecian para no respetarlas jamas.

Vana y ridicula es nuestra disonja, si nos violentamos á esperar, que la educacion del hombre en la niñez puede bastar, para que con su influxo solo no sean viciosas la pubertad y juventud en las personas expuestas á continuos peligros por su estado ó circunstancias. Las plantas gentiles, las mas dependientes de la industria del jardinero, piden su mayor cuidado, y necesitan mas abundante riego á proporcion que se acercan ó vienen la lozana primavera, y el ardiente estío. Así la pubertad y juventud de las personas civiles, las mas menesterosas de educacion, piden que ésta no cese: antes bien sea mas cuidadosa en el tiempo crítico en que ellas con libertad y en ocio estan expuestas al mayor peligro, y á la fuerte tentacion del ardor juvenil y del mal exemplo.

El fin de los estudios miran los mozos, y jóvenes (y tambien sus padres) como época de pasaje

ge del estado de educacion al de actores en el teatro del gran mundo. Entran en éste; y al principio estando como espectadores viven comunmente sin ocupacion ó empleo; y con la ligera obligacion que les constriñe á pocos actos de civilidad sin fondo de virtud, y les dexa libertad absoluta si no para ser malos, á lo menos para desear serlo quando puedan. La juventud naturalmente huye de todo cuidado, y pensamiento serio ó funesto: la obligacion, no el gusto, la pueden constreñir solamente á cultivar el campo de negocios domésticos, que suelen trabajar los padres solos. Sobre estos descarga el grave peso y cuidado de los deberes públicos y privados de la casa: á los jóvenes tocan el divertimento, el reposo y el ocio continuo. En la niñez bien educada la duracion del ocio se contaba por momentos; pues que todas las horas del día eran un hermoso tejido de ocupaciones útiles. En la juventud por lo contrario se cuenta por momentos la sujecion política; y todas las demas horas del día son de libertad ó de ocio. Sumergidos en éste los jóvenes con la nueva vida piensan en nuevos objetos: y el mas honesto suele ser el del divertimento. Enseñados en la niñez á refrenar los vicios de la inaccion ó poltronería, jóvenes ya viven en ésta, como en estado connatural.

Estos son comunmente los ejercicios de la educacion del hombre en la juventud, en la que vive provocado de las acciones peligrosas, y siempre dispuesto con el ocio, ó falta de todo pensamiento serio, á fomentar la oculta inclinacion de sus pasiones. El niño incapaz de pensamientos serios en el ocio, corre, salta, y se ocupa en juegos corporales que arrebatan toda su atencion y cuidado. El juego pueril impide el bien de la educacion; mas no es mal

moral, ni causa inmediata de él. No sucede esto en los jóvenes, en quienes el juego licito no suele robar toda su atencion; y la libertad, ocio, y malos exemplos en su edad peligrosa, casi los obligan á ser viciosos. Para evitar este mal no basta la educacion pueril, en que se da á conocer la virtud; mas no se arraiga: se logrará esto solamente continuando la educacion conveniente en la mocedad y juventud.

ARTÍCULO II.

El gobierno público debe atender á la educacion del hombre en la pubertad y juventud.

Si para bien de la república es necesaria la educacion juvenil, ésta se debe efectuar; y para su execucion debe concurrir el cuidado privado y público, cuya atencion sino mas, no menos que la infancia y niñez, llaman la pubertad y juventud. Niños sin educacion, que en su pubertad y juventud la tuvieron, son comunmente buenos ciudadanos: mas entre estos poquísimos serán los que salieron al mismo tiempo de la niñez y educacion. Esta experiencia sola hace ver, que si el gobierno público con perjuicio universal de la república descuida de comprender en el plan de educacion las edades peligrosas de la pubertad y juventud, aunque hayan tenido educacion pueril, se viciarán momentaneamente en el ocio doméstico. El gobierno público, que loablemente atiende y gasta para la educacion del hombre en la niñez, destinando, y premiando hábiles hortelanos y jardineros que cultiven cuidadosamente las tiernas plantas de la sociedad humana, debe al mismo tiempo precaver, que transplantadas en las propias casas, no sean árboles infructíferos que hagan inútiles los cuidados y trabajos anteriores.

Segun razon y experiencia, la república no tendrá jamás en los hombres hechos, buenos ciudadanos, si no tiene jóvenes bien criados: y esta crianza no se debe esperar que sea fruto de la industria sola de los padres. Los niños se educan mas facilmen-

te que los jóvenes; y no obstante esto, si no hubiera lugares públicos para su educacion, y esta dependiera solamente de los padres, pocos niños lograrían la feliz suerte de tenerla buena. Menos se puede esperar prudentemente que la tengan, con el solo cuidado paterno los mozos y jóvenes solteros, á quienes la edad mayor, la naturaleza mas vigorosa, el conocimiento del mundo, y las ocasiones frecuentes y peligrosas dan notable libertad y atrevimiento, y los hacen casi indomables. Es imprudencia lisonjearse, que la educacion doméstica de los mozos y jóvenes abandonada al cuidado solo de los padres, evite ó corrija los excesos que son comunes á sus edades: para remediar estos males es necesario, que á la educacion juvenil atienda la república, á la que mas que á los padres respectivos y propios, pertenecen los jóvenes hasta que esten educados perfectamente, y sean ciudadanos utiles. Observa bien Plutarco en su paralelo entre Numa y Licurgo, que lo mejor y lo mas justo de los establecimientos de Numa no duró; porque faltaba la concatenacion capaz de mantenerlo, que era la educacion de la juventud. . . y la religion del juramento que Licurgo pidió á los lacedemonios, hubiera tenido poco, ó momentaneo efecto despues de su muerte, si con la educacion él no hubiera impreso las leyes en las costumbres, y no les hubiera hecho casi mamar con la leche el amor patricio haciéndolo como familiar y natural. Por esto se vió, que sus reglamentos duraron por mas de 500 años, como una buena y fuerte tintura, que habia penetrado hasta el alma.

Son vanas las lisonjas, y frustraneos los proyectos de los príncipes que juzgan poder rectificar las costumbres de sus súbditos con la sola direccion de las leyes. Estas en el papel no tienen eficacia, sino

momentanea, que se inutiliza con el hábito de costumbres opuestas á las mismas leyes. Son necesarias las leyes buenas: mas su bondad nada sirve, si el súbdito no se cria practicándolas por educacion hasta aquella edad, en que hace gustosamente por hábito lo bueno que empezó á hacer con violencia. La crianza que se limita á la niñez, y principios de la pubertad, no basta para formar buenos ciudadanos: los empieza á formar, ó por mejor decir, empieza á domesticar y civilizar su naturaleza feroz contra la virtud: y la perfeccion se logra solamente quando el hombre en la juventud continúa en la práctica de las leyes que observó antes sin conocer bien su mérito, con menor repugnancia de pasiones, y con menos peligro de faltar á ellas. La crianza de la niñez y la de la juventud son entre sí como la teórica y práctica de una facultad. Y ¿qué á la república tocará ó importará mas la educacion teórica de la virtud en la niñez de sus ciudadanos, que la práctica en su pubertad y juventud?

A esta pregunta darán respuesta las reflexiones sentenciosas de Isócrates en su oracion areopagítica, en que haciendo presentes á la república las causas de su decadencia, dice así. «La muchedumbre de leyes es señal del estado de la república, que queriendo oponerse á los delitos, multiplica la legislación. Conviene que los magistrados no llenen las esquinas y portales de decretos; sino que procuren tener ciudadanos deseosos de la justicia. No las leyes ó decretos hacen feliz la ciudad; pues que los mal educados desprecian las mejores leyes; y los que estan bien criados obedecen á las buenas. Los antiguos pensaban, no tanto en castigar los culpados, como en procurar que los ciudadanos no fueran dignos de castigo. Cuidaban de todos los ciudadanos, y principalmente

te de los jóvenes. Veian, que la juventud estaba expuesta á fuertes pasiones; y por esto debia ser educada y ocupada. «La gente baxa en la agricultura y comercio, conociendo que la pereza y pobreza conspiran al vicio. Quitada la causa de éste, faltaban los delitos. A los ricos inclinaban á los ejercicios caballerescos, y gimnásticos, á la caza, y á la filosofia.» Hasta aquí el orador Isócrates, que en las últimas proposiciones indica el destino ú ocupacion de las personas civiles y populares en la juventud. Las populares se deben ocupar en fatigas corporales, y en las artes mecánicas: y á las que en la juventud no están empleadas, la república debe mirar con mas horror que á sus rebeldes: porque su ociosidad y pobreza casi las obligarán á tomar por empleo todo ejercicio de maldad. Toca á la república impedir todo el mal que le amenaza ciertamente y es evitable. Por la misma razon debe cuidar que los jóvenes civiles practiquen la virtud, sin la qual el pueblo no será jamas bueno. Un joven señorito y vicioso, es capaz de viciar varias poblaciones, pues que enseña el vicio con el mal exemplo, la autoridad y el premio. ¿Deberá la república permitir este contagio, ó procurar precaverlo? Los paganos, sin mas motivo que el temporal de la sociedad humana, para alejar los jóvenes del vicio, y de las malas ocasiones, y criarlos sanos les obligaban á ocuparse en ejercicios y juegos marciales: ¿las luces del christianismo no bastarán sino para perfeccionar las ideas del paganismo, á lo menos para imitar su exemplo? Lo que los paganos hicieron por fines temporales solamente, en la infancia del mundo, nosotros iluminados con las mayores luces de las ciencias, y con las mejores del christianismo, ¿no podremos hacer por los mismos fines, y por los espirituales? No parece creible que pro-